

duplicidad de imágenes en la unidad de la vision, es parte de la educacion de la vista.

La simple vision por medio de imágenes dobles y la vision recta por medio de imágenes invertidas son resultado de la experiencia y demuestran una actividad intelectual que debe completar ó reformar la sensacion. El ojo no dá mas que impresiones luminosas que nosotros traducimos y despues referimos á un objeto para conocer el mundo. Vamos á ver ahora que la percepcion no llega al objeto sin un juicio de induccion. Tomarémos la demostracion, de un caso de ambliopia. Todo el mundo sabe lo que sucede oprimiendose un ojo con un dedo—al tiempo de mirar una bujia: los ejes visuales dejan de coincidir y la imágen se ve doble; una bujia aparece inmóbil y la otra movable avanzando ó retrocediendo segun el movimiento del ojo. Si en la misma situacion oprimimos los dos ojos vemos una infinidad de bujias á las que damos la velocidad que queremos. La esplicacion fisica de esto es la mas sencilla posible: ya no son los puntos correspondientes de la retina los afectados por la luz, sino que estan perturbados los hábitos de la vision; los movimientos del ojo traen consigo la movilidad de las imágenes, y por esto creemos ver muchos objetos cuando no hay mas que uno solo. ¿Que quiere decir esto? La conclusion está preparada y no obstante temo que sorprenda y repugne. Reflexionando bien: todo eso que pasa prueba que no vemos los objetos, que no vemos la luz y los colores en el espacio, que no vemos mas que la retina cuando recibe la influencia de alguna cosa que con razon ó sin razon tomamos por luz, de la existencia de la cual nada hasta ahora nos demuestra la existencia objetiva. La concecuencia es necesaria en el fenómeno que nos ocupa. ¿Cómo habiamos de ver multiplicado lo que es uno solamente ni como habiamos de ver con movimiento lo que está en absoluta quietud, si vieramos el objeto mismo? Por el contrario, todo se explica en cuanto se conviene en que el objeto directo de la percepcion es una modificacion nerviosa, porque en realidad vemos muchas imágenes movibles en el fondo de nuestros ojos. Lo que en tales circunstancias sucede es el emblema de todo el procedimiento de la percepcion sensible. Nunca abrazamos el objeto de una manera inmediata; pero de tal modo estamos convencidos de su existencia que creemos ver la causa en el efecto: se necesita que haya un caso especial fuera de la percepcion ordinaria y en condiciones propias para hacer un experimento, para que comprendámos que lo cierto es lo contrario. En este caso hay á primera vista una verdadera colision entre el sentido comun y la ciencia: aquel asegura que vemos los objetos y está

afirma que no vemos sino nuestras sensaciones. Y se verifica esta colision porque el sentido comun se ejercita en cuestiones de interés práctico y no se preocupa con las distinciones de la teoría. Las leyes de la percepcion no conciernen, en verdad, mas que á la ciencia del conocimiento y dejan como lo veremos despues, intacto el resultado en el cual se fija la conciencia vulgar. Por tal consideracion no proponemos ninguna alteracion en el idioma, pues basta con entenderse en el valor de los términos. Muy bien se puede decir que vemos los objetos con tal de que sepamos que esto significa que ver es percibir indirectamente por medio de los ojos. Esta definicion supone otras: percibir es abrazar con la inteligencia lo cual es una funcion del entendimiento: el entendimiento no puede llegar á los objetos del mundo exterior sin interpretar las sensaciones, es decir, sin reflexionar en ellas; pero la reflexion es instantánea y aun superabundante cuando la sensacion ha llegado á ser habitual. La misma definicion debe aplicarse á las palabras oír, gustar, oler y tocar; porque siempre es el espíritu quien percibe por intermedio de las impresiones sensibles, y solo las impresiones varian segun los órganos.

La teoría de los colores suministra otras pruebas de la misma conclusion. Se sabe que la impresion luminosa tiene determinada duracion, pues que subsiste sobre poco mas ó menos una tercera parte de segundo antes de borrarse de la retina. Así es que si las impresiones se suceden con cierta rapidez pueden mezclarse, confundirse unas con otras y producir efectos que se refieran á la sensacion y no al objeto y que demuestran que la percepcion no llega mas que á nuestras propias modificaciones nerviosas. Cuando se agita lentamente una antorcha ante los ojos, las diversas posiciones del objeto son distintas, porque las primeras impresiones se debilitan y desaparecen conforme van llegando las sucesivas; mas si se imprime un movimiento circular rápido á la antorcha, se ve un círculo de fuego. ¿De qué proviene esta diferencia? No del objeto, porque es uno mismo en ambos casos, sino de nosotros, y no podria explicarse sino es asentando que solo se percibe la sensacion. Mas concluyente es todavia la experiencia que se hace con un disco en que están pintados los colores del iris en las proporciones indicadas por Newton. Hagase girar este objeto al derredor de su centro: si el movimiento es lento se distinguen los siete colores: si es un poco rápido, la percepcion es ya confusa: si es tan rápido que á un mismo tiempo puedan subsistir todas las sensaciones, no se percibe mas que el blanco; y sin embargo el objeto no es blanco sino que tiene siete colores. No percibimos pues el ob-

jeto sino la sensación y la sensación debe ser la de luz blanca, porque los siete rayos coloridos no son mas que la descomposición de la luz. De aquí procede una serie de fenómenos interesantes. Generalmente se cree según, Brewster, que tres de los colores son los fundamentales, acaso los únicos: el rojo, el amarillo y el azul; que otros tres resultan de la unión de dos de los principales; el naranjado, del rojo y del amarillo; el verde del amarillo y el azul; el violado, del azul y del rojo, y que en fin, el rojo, el amarillo y el azul perfectamente combinados dan el blanco. En este supuesto la teoría de los colores complementarios no es mas que un juego. Cada color principal tiene su complemento en el que resulta de la mezcla de los otros dos: el rojo en el verde; el amarillo en el violado; el azul, en el naranjado y reciprocamente supuesto que los colores así mezclados reproducen la luz blanca. Así es que fijando la vista en un color por algunos instantes y cerrando después los ojos ó fijandolos en una superficie blanca se percibe el color complementario. M. Plateau, variando esta experiencia ha obtenido las mas ingeniosas combinaciones. ¿Pero de donde viene la imagen accidental? No del objeto, porque el objeto es blanco y la imagen subsiste aun sin objeto: viene pues de nosotros, es inherente á la actividad sensoria que semejante ó análoga á todas las facultades del alma, tiene una tendencia natural á completarse.

Los accidentes y las enfermedades de los ojos confirman tambien la percepción indirecta de los objetos. Cuando los humores del ojo están teñidos de amarillo por la bilis, como en la ictericia, todos los objetos aparecen teñidos del mismo color. El hecho se explica si vemos nuestros propios órganos y seria absolutamente inexplicable si percibiéramos lo que pasa fuera de nosotros en el espacio. Cuando se admite un intermedio entre el espíritu y el mundo exterior, se concibe que el aspecto de la naturaleza varia con el estado de nuestros nervios. ¿Mas cuando se niega un intermedio, cómo puede suceder que siendo unos mismos el objeto y el sujeto, unas personas vean amarillo, mientras dure su enfermedad lo que otras personas ven rojo ó azul ó que otras personas distintas no vean ciertos colores? Otro hecho: si después de dar vueltas rápidamente sobre si mismo se detiene uno de repente, los objetos que nos circundan parecen girar en sentido inverso: el movimiento del cuerpo se ha comunicado en este caso á la masa cerebral y después de la acción viene la reacción; entonces percibimos este movimiento que es real, en el ojo y por costumbre lo referimos á los objetos, en los cuales el tal movimiento es solo aparente. El mismo fenómeno se ofrece en el vértigo y en la embriaguez, en cu-

yos accidentes el sistema nervioso está enexcitado por la imaginación ó las bebidas espirituosas. La embriaguez va acompañada de imágenes confusas y dobles porque la voluntad pierde su influencia en los músculos y por consiguiente tambien en la dirección de los ojos.

Para poner término á estas consideraciones sobre los datos de nuestros ojos tomaré del Sr. Ahrens algunas experiencias notables hechas en ciegos. Un joven á quien el Dr. Cheselden abatió las cataratas en 1827, no distinguía después de mucho tiempo de sano ni tamaños, ni distancias, ni figuras: un objeto de una pulgada parecia tan grande como una casa: creía que los objetos eran aplicados sobre los ojos como sobre la piel: conocía la redondez y los ángulos, lo alto y lo bajo por el tacto y no los discernía por la vista: hubo menester un gran número de experiencias para asegurarse de que la pintura representaba cuerpos sólidos, y cuando se hubo convencido, á fuerza de mirar los cuadros, de que no eran superficies lo que veía, pasó la mano por los cuadros y quedó admirado de no encontrar en ellos mas que una superficie plana y sin salientes; preguntó entonces quien le engañaba si el tacto ó la vista y tuvo grande trabajo para reconocer sus propios órganos: mucho tiempo hacia que habia notado los reflejos de ellos en sus ojos antes de que concibiera el pensamiento de que tales órganos eran los suyos. Muy lentamente pudo llegar á conocer la correspondencia que hay entre las sensaciones de la vista y del tacto; se figuraba que un cuerpo no podia tener mas que una sola forma y no acertaba á explicarse como su gato podia manifestarse á sus ojos bajo tantas formas diferentes.

Es necesario referirse á ejemplos de este género para comprender las dificultades que presenta en la infancia la interpretación de las sensaciones y darse cuenta de la actividad de la inteligencia que juzga de las impresiones sensibles y debe investigar la causa de ellas. Las dificultades aumentan probablemente con la edad. Una mujer de cincuenta años á quien operó el Dr. Wardrop en 1826, tuvo grande trabajo para orientarse en el mundo exterior aunque habia disfrutado de la vista durante algunos años. Pasaron muchos dias antes de que pudiera distinguir los colores principales y muchas semanas antes de que notara las imágenes de sus propios miembros. A los cuarenta y dos dias, que partió para Londres, todavía comprendía tan poco la acción de los ojos y tan mal apreciaba las distancias que á cada paso tropezaba como sucede á los niños que comienzan á andar.

Otro ejemplo refiere la historia, del joven misterioso Gaspard Hauser

que fué abandonado en el camino de Nuremberg despues de haber estado en un calaboso oscuro hasta la edad de cinco años, y que pereció asesinado. Los fenómenos psicológicos mas curiosos se manifestaron en él: era niño todavía á la edad de quince años y permaneció mucho tiempo antes de conocer el juego de la vista. Cuando llegó á comprender que sus piés y sus manos eran miembros suyos, insistió con esfuerzo en que se los cortaran. Despues de haber ejercitado la vista en un aposento no podia aplicarla á distancias mayores. El célebre Feuerbach su historiógrafo, lo condujo á la torre de la ciudad y le preguntó si le agradaba el aspecto de la campiña: apenas dirigió la vista á los campos embellecidos con el brillo de la primavera, exclamó ¡espantoso!; y luego mirando una pared blanca exclamó ¡no espantoso!; algun tiempo despues esplicó este suceso diciendo que no distinguia ningun objeto particular y le pareció que le habian puesto ante los ojos una multitud de pinceles con diversos colores en una horrible confusion.

Todos estos ejemplos concuerdan en el hecho de que en la época en que se aprende á ver no se perciben mas que las imágenes que estan en los ojos y no se sospecha siquiera que las impresiones se refieren á objetos exteriores. Resulta pues del exámen que hemos hecho en general, de los sentidos, que el hombre no tiene ninguna percepcion de los objetos que están fuera de él, que no percibe mas que las modificaciones de sus propios órganos y que si todo terminara en él en la sensacion pura, nunca llegaria esta á darle idea de un mundo exterior.

La sensacion debe ser completada por los actos del espíritu. ¿Qué actos son estos? Hasta aquí vamos de acuerdo con el idealismo escéptico: no percibimos mas que nuestras sensaciones. ¿Cómo concedemos á nuestras percepciones un valor objetivo?

El primer trabajo del espíritu sobre la sensacion consiste en reunir las impresiones diversas y aisladas que recibimos por los cinco modos de la sensibilidad: el alma forma un todo de estas impresiones determinadas en los órganos ó las reduce á la unidad y las concentra en un objeto individual que nos representamos interiormente con el conjunto de sus cualidades sensibles. Y en efecto cada sensacion es distinta y nos afecta de un modo particular: el color de rosa en nada se parece al olor de la rosa, ni al contacto de sus hojas y espinas, ni al sabor ni al ruido de sus pétalos al quebrarse y sin embargo tenemos en nosotros una representacion de la rosa con todas las propiedades con que se revela á nuestros sentidos. La "imaginacion" es quien

verifica esta obra de síntesis y quien nos da la imagen completa de los objetos por medio de las tres dimensiones del espacio, que ella posee.

La imaginacion es análoga á los sentidos y ejerce su actividad en las condiciones generales de espacio, de tiempo y de movimiento que son comunes á las cosas sensibles. Es una facultad de individualizacion ó de figuracion que dibuja y dá color á nuestros pensamientos y á nuestros sentimientos, á los que viste con un cuerpo y les dá el aspecto de la materia. Las creaciones de la imaginacion se estienden en longitud, en latitud y en profundidad como los sólidos, lo cual se comprende evocando el recuerdo de alguna obra plástica. ¿De dónde vienen estas dimensiones? No del tacto, porque la sensacion relativa no es mas que una impresion pura y simple; no de la vista porque si la retina refleja los objetos ó recibe la impresion de ellos no les da nunca mas que las dos direcciones de la superficie, y por otra parte la potencia fantástica del espíritu es independiente de la accion de los ojos: un ciego se representa sin fatiga los cuerpos, encuentra su camino en una ciudad, se penetra de las dimensiones de una casa y aun puede llegar á enseñar geometría. Hay pues un espacio interno que sirve de teatro á las producciones y á las imitaciones de la imaginacion, así en el sueño como en la vigilia, y con ayuda de este espacio inteligible es como el alma compone la imagen de las cosas.

La imaginacion acompaña á nuestras sensaciones y nos representa los objetos á medida que hieren nuestros órganos. Con frecuencia no notamos esta intervencion en nuestras relaciones habituales con la naturaleza porque no distinguimos lo que nos es dado por los sentidos de lo que nos es dado por la imaginacion; convencidos de que vemos los objetos tales como son en el exterior no tratamos de compararlos con la imagen que de ellos tenemos y tal apariencia confundida con la realidad no nos llama la atencion. Sin embargo la imagen existe á veces conforme con el objeto y contraria á veces, y existe en nosotros como producto de la imaginacion, distinta de toda impresion sensible, aun de la vista, siendo la prueba de ello que permanece en el alma despues de que el objeto ha desaparecido y de que ha dejado de causar impresion en nuestros órganos, y que podemos llamarla á voluntad nuestra. Veo por ejemplo un pájaro que vuela ó un animal que huye en el campo: la sensacion es fugaz, la imagen de la retina se borra inmediatamente; pero ha bastado la impresion para que me forme yo una representacion completa del objeto que permanece en la imaginacion cuanto tiempo quiero. Esta representacion interna es una condicion del conocimiento sensible. Alguna vez sucede

que no llegamos á figurarnos el objeto que ha obrado en nuestros sentidos, particularmente en el oído ó en el olfato ejerciendo su acción á distancia y en este caso no conocemos el objeto. Lo mismo acontece respecto de los demás sentidos cuando funcionan aislados y con relación á objetos nuevos. Toco un objeto en la oscuridad é ignoro lo que es; me llevo á la boca un objeto sin observarlo, y no se lo que he comido. La experiencia nos ayuda cuando hemos aprendido á conocer las principales cualidades de los objetos que nos rodean: basta entonces una sensación para recordar por vía de asociación de ideas la representación entera de los cuerpos que tocamos ó que oímos, sin verlos: un olor, un sabor, un sonido, un contacto equivalen á la vista y suscitan una imagen; pero esta imagen no es una sensación.

La actividad de la imaginación que reúne las sensaciones dispersas y forma el esquema de los objetos en las ciencias de observación ha sido bien estudiada por Kant. "Ningun psicólogo, dice, ha visto con claridad que la imaginación entra necesariamente en la percepción. Y esto es porque por una parte se ha restringido esta facultad á las reproducciones y por otra se ha creído que los sentidos no solamente nos dan impresiones sino que las componen y producen imágenes de los objetos. Este resultado exige, á la verdad, además de la receptividad de las impresiones una función que las sintetice."

La ausencia de crítica psicológica y á veces el desden de la imaginación explican muchos sucesos en la teoría del conocimiento. A la imaginación es á quien debemos la noción del espacio que se agrega á nuestras sensaciones y que los sensualistas atribuyen á los órganos. El tacto no da más que una impresión sin longitud; pero parece que revela la extensión cuando se palpa la superficie de un cuerpo, y esto sucede porque en ese acto tenemos una serie de impresiones que enlazamos merced á la imaginación. Los antiguos admitían la existencia de un intermedio entre el espíritu y los objetos exteriores y si en esto acertaban, se engañaron en cuanto al objeto de este intermedio que se designaba unas veces con el nombre de especie sensible y otras con el de idea ó noción: entre el alma y el mundo físico la relación se verifica por sensación. La imaginación no es un intermedio, supuesto que es una facultad del alma; pero ella da cuenta de la ilusión; lo que se creía ser especies sensibles, apariencias de cuerpos, ideas adventicias, eran nada más que intuiciones ó productos de la imaginación. Siempre que adquirimos el conocimiento de algun objeto de la naturaleza, tenemos una imagen de él que parece provenir de los cuerpos y que en realidad viene del alma; de manera que puede decirse con Mallebranche, que

no hay conocimiento sensible sin que haya una idea ó una imagen que se presente ante el espíritu; y puede decirse con Reid, que no hay percepción sin noción ó imagen que acompañe á la actividad del entendimiento. Las especies sensibles de la edad media han sido reemplazadas por las sensaciones y las imágenes, y estos dos fenómenos son ya perfectamente distintos: la sensación es un intermedio entre el espíritu y el mundo exterior; la imagen es la primera manifestación de la actividad del alma que se ejercita con los datos de los órganos sensorios.

La segunda facultad del espíritu, cuya intervención se necesita para el conocimiento sensible ó que forma por mejor decir todos los conocimientos es la "reflexión" ó el entendimiento. La reflexión interpreta la sensación y la asigna un valor. A la imagen interna y subjetiva sucede la noción de un objeto que suponemos que existe en lo exterior. Así es que para pasar del yo al no yo es indispensable el concurso de las percepciones y de las operaciones del entendimiento. No hay conocimiento sin atención, percepción y determinación: si el alma se distrae ó se preocupa, es inútil que los objetos se hagan sentir en los órganos, porque no serán percibidos y no provocarán imagen alguna: si el alma aunque atenta no comprende el cuerpo que modifica los órganos, el objeto permanece incógnito: si el alma comprendiendo la sensación no la analiza con cuidado, no verá el objeto como es en realidad y será víctima de algun error. Merced á estas funciones es como se adquiere la noción. Mas se trata de un objeto trascendente, situado fuera de la esfera del alma. No hay noción de objeto exterior sin juicio y sin raciocinio. Para relacionar nuestras modificaciones nerviosas con la existencia objetiva de un objeto en el espacio ó de una causa modificadora diversa del alma se necesita la experiencia: todos debemos educar nuestros sentidos, conocer el juego de nuestros órganos, encontrar una causa determinada para cada sensación determinada y explicarnos los fenómenos de fuera por los fenómenos que se verifican en nosotros. Esta experiencia laboriosa que tienen que hacer los niños, los adultos que recobran el uso de la vista ó del oído y aun las personas que tienen integros sus sentidos, en caso de ilusión, no se adquiere sin juicio y sin raciocinio. Si se figura uno que estas operaciones no están al alcance de los niños no tiene más que observar la definición de los términos y reconocer que todos los actos del espíritu son ya conscientes ya inconscientes. Para juzgar es bastante percibir dos cosas en relación la una con la otra, por ejemplo, dos hechos que coexisten ó se suceden, sin necesidad de profundizar en

cada término y sin saber en que consiste el juicio. Todo hombre juzga antes de tener conciencia de sus juicios, lo mismo que habla, imagina y recuerda antes de distinguir las propiedades del lenguaje, de la imaginación y de la memoria. En el niño los juicios son inconscientes é instintivos sin que por esto dejen de ser operaciones del entendimiento. Cuando refiere la sensación á un objeto no comienza preguntándose qué es sensación ni qué es objeto; se conforma con percibir alguna cosa que se produce en sus órganos y que subsiste fuera y con percibir estas dos cosas, fenómeno y sensación, simultaneamente.

No es mas difícil el raciocinio que el juicio y acaso son igualmente instantáneos. El silogismo y el método son sin duda conquistas de la ciencia que exceden á la capacidad de un niño; pero el raciocinio es mas general que el silogismo y anterior á las reglas de la lógica. Para raciocinar no se requieren mas que dos juicios relacionados entre sí, que esten compuestos por los mismos términos ó unidos por un término medio. Cada principio contiene la materia de un raciocinio tan pronto como se aplica á un caso particular. Ya es raciocinar el comprender que todo efecto tiene una causa y que tal ó cual efecto determinado tiene su origen en una causa. Desde que se investiga de donde nace la sensación, se raciocina, porque se combinan tres términos, que son la sensación, el efecto y la causa. Es imposible tener conciencia de ese mundo exterior sin reconocer que las impresiones de los órganos están enlazadas con la presencia de ciertos objetos. Un niño no formula sus raciocinios como nosotros lo hacemos; pero observa, por ejemplo, que abriendo los ojos ve una lámpara y cerrándolos ya no la ve y que volviéndolos á abrir vuelve tambien á verla y que recibe la misma impresion siempre que está frente á la lámpara y que la impresion se borra en cuanto vuelve la cabeza: basta con esto para que sospeche que la imagen de la lámpara proviene de una causa independiente de su propia actividad, es decir, para que raciocine. Y seria decisiva la esperiencia si los objetos que rodean al niño permanecieran siempre en la misma posicion y si él pudiera tocarlos; pero cuando al despertar no encuentra la lámpara se desconcierta. ¿Proviene la imagen de un objeto ó existe el objeto sin que él lo vea? Por este motivo todo queda en duda hasta que el niño se halla en estado de comprender que las personas que están en el aposento pueden quitar los objetos de su lugar y volverlos á él.

Pongamos algunos ejemplos. Para pasar de la sensación al mundo exterior es necesario decirse de alguna manera: experimento una impresion: la impresion corresponde á un objeto: el efecto tiene causa: la

causa es una propiedad: la propiedad es inherente á un ser: luego existe algo fuera de mí. Estos son juicios, proposiciones categóricas, que denotan una exacta intuición de la verdad y que se fundan en la conciencia de la sensación y en la aplicación de algunas ideas racionales á este fenómeno. Evidente es que quien no puede expresar ni comprender estos juicios no tiene el derecho de afirmar la existencia de un objeto exterior; pero tambien es claro que si el niño antes de tener el uso de la palabra está cierto de que fuera de él hay cosas que lo afectan, es porque juzga de sus sensaciones en su doble relacion con el yo y el no yo. Todos estos juicios se encadenan despues bajo forma de sensación. Decimos, por ejemplo, la sensación es un efecto y como no hay efecto sin causa, la sensación debe tenerla tal causa no está en mí; lo que no está en mí está fuera de mí; luego la causa de la sensación es exterior. La causa es una propiedad: no hay propiedad sin un ser; luego la causa de la sensación es inherente á un ser. Si la causa de mis impresiones es exterior, el ser de quien depende la causa lo es tambien. Luego existen objetos exteriores y están dotados de todas las propiedades que se manifiestan en la sensación. Tales son los raciocinios que todo hombre ha debido formar de alguna manera, para convencerse de la existencia de un mundo corporal que subsiste en el espacio, á diferencia de las representaciones internas de la imaginación.

Si hemos perdido el recuerdo de estos actos es porque se refieren á nuestra primera infancia en que lo aprendimos todo á impulsos de los instintos del espíritu que desaparecen ó se trasforman ante la observación psicológica. Los procedimientos del niño no son los nuestros: son mas instintivos y parecen mas seguros si se ha de juzgar por via de comparación con los adultos que recobran el uso de un sentido; pero el raciocinio vuelve á la conciencia en cuanto es necesario explicar sensaciones poco comunes ó interpretar las ilusiones de nuestros sentidos. Hay ruido en mi aposento á tiempo que duermo: despierto y escucho ¿Es un ruido real ó es el eco de un sueño? Nada oigo ya y me quedo en la duda; pero se repite el ruido: ahora ya no estoy dormido, y no padezco alucinaciones; los fenómenos pues tienen una causa estraña: hay algo. ¿Qué? ¿Es un mueble que se movió, un animal que araña la puerta, alguna persona que ha entrado al aposento? No lo sé.... Este raciocinio vulgar no es mas que la tradición de este otro: todo fenómeno tiene causa: si ella no está en mí, está fuera. ¿Cual es? Esto es lo que no nos enseñan los sentidos; pero de seguro que la causa no existe sin una sustancia.

La actividad de la imaginación y del entendimiento supone por fin, la "razón", nueva y última intervención del espíritu en la formación de los conocimientos sensibles. Reuniendo nuestras sensaciones en un todo para formar con ellas una representación única, juzgando de nuestras diversas impresiones, infiriendo la existencia de las cosas exteriores, usamos constantemente de ideas racionales, las ideas de todo y de parte, de causa y de efecto, de ser y de propiedad, que no dan los sentidos, y aun la legitimidad de nuestros raciocinios depende del valor objetivo de estas ideas.

Las categorías son la ley de toda nuestra actividad: no podía el alma pensar, ni amar, ni querer, sin tener un objeto y este objeto es necesariamente el ser ó alguna de sus determinaciones. La inteligencia no podría ni imaginar, ni mandar, ni juzgar sin recurrir á los principios universales de la actividad, de la cualidad, de la relación y de la modalidad. La gloria de Kant consiste en haber despejado la íntima relación que hay entre el juicio y las categorías. Formase una proposición cualquiera sobre el yo ó sobre el mundo, sobre un fenómeno ó sobre Dios, y siempre ha de tener cantidad, cualidad, relación y modalidad; de manera que no es posible que haya juicio sin el socorro de los elementos de la razón. Y no solo el juicio depende de las categorías, sino todas las operaciones del pensamiento y hasta todos los actos de la vida espiritual. Fijese un acto de la memoria ó de la voluntad y se dirá: es, es uno, es original, es positivo, es actual, es causado, está en relación con otros actos: todas estas ideas del ser de la unidad, del mismo y de la diferencia, de la afirmación y de la negación, de la realidad y de la posibilidad, de la causa y del efecto, son categorías que se piden á la razón. Así es que con verdad se dice que toda la vida del alma se desarrolla en el fondo común de las ideas racionales.

Son pues las categorías también una ley de la actividad intelectual que tiene por objeto el conocimiento del mundo exterior. Efectivamente la razón nos eleva sobre nuestra limitada individualidad y nos permite remontarnos á la causa ó la razón de las cosas, al mundo, del cual somos parte, hasta á Dios, principio de toda existencia. La razón, dice M. Cousin, es el punto que une al yo con el no yo: sin la razón, la imaginación y el entendimiento se agotarían en un vacío, sin poder al canzar ninguna realidad y nuestras imágenes y nuestras nociones, si posibles eran, no comprenderían á ningún objeto. Afirmar alguno de ellos es acto de la razón, porque el objeto es lo más sensible la más racional de las categorías del ser. ¿Qué decimos de nues-

tras sensaciones? Qué provienen de un cuerpo, es decir, de un objeto ó de un ser. ¿Qué decimos de ese objeto? Que tiene tales ó cuales cualidades sensibles, espresadas por nuestras impresiones, que obran en nosotros, que son causa de las modificaciones de nuestros nervios; que existe fuera de nosotros, con extensión en el espacio, desarrollándose en el tiempo y que con los demás cuerpos forma el conjunto de las cosas ó del universo. Es evidente que sin estas ideas de propiedad, de acción, de causalidad, de tiempo, de espacio, de solidez, de exterioridad, no podríamos pronunciar ningún juicio respecto de nuestras sensaciones, sin afirmar en manera alguna la existencia objetiva de la naturaleza? Porqué no decimos como los idealistas, que los cuerpos son fenómenos internos semejantes á las creaciones de nuestros sueños? Porque tenemos la idea de sustancia y la conciencia de nuestra limitación, debemos considerar como exteriores á las sustancias que obran en nosotros á veces aun contra nuestra voluntad.

Los escépticos tanto antiguos como modernos han insistido en la importancia de los elementos racionales en el problema del conocimiento. Sexto Empírico y Hume ha dirigido sus ataques sobre todo contra las ideas de causa y de sustancia y como disputaban la legitimidad de estos principios, llegaron lógicamente á minar la base de nuestros conocimientos y á hacer vacilar nuestra confianza en la realidad del mundo exterior. La consecuencia es exacta y los escépticos raciocinan perfectamente, preciso es confesarlo: sin categorías no hay conocimiento sensible, y si el conocimiento falto no podríamos con fundamento afirmar que existen los cuerpos: ¿Por qué en nuestros sueños concedemos una realidad objetiva á las representaciones de la imaginación? Porque cesamos de observar nuestros actos y no nos hallamos en estado de referir á ellos las categorías de la causa y de la sustancia. Arrastrados por los hábitos intelectuales del estado de vigilia en el cual la imaginación concurre con los objetos de fuera á la formación de nuestros conocimientos, no distinguimos lo que viene de nosotros de lo que viene del mundo y confundimos el sujeto con el objeto y el fenómeno con la sustancia. Lo mismo haríamos en estado de vigilia, y obraríamos como locos, si perdiéramos el poder de aplicar las ideas á nuestras sensaciones y á las imágenes de nuestra fantasía.

¿Qué hacen pues los autores que á imitación de Condillac niegan la razón y sin embargo se figuran conocer la naturaleza? La sensación se transforma á sus ojos y engendra sucesivamente las facultades del espíritu, imaginación, juicio, raciocinio y razón. Las ideas se asemejan á las sensaciones como los principios á los hechos: son los ele-